

Título: ¿Quién invitó a la Muerte?

Por: Lyanna Mormont

He trabajado la mayor parte de mi vida...si es que esto se le puede llamar vivir. Es irónico realmente, ustedes por mientras no pueden entenderlo, pero no se preocupen, dentro de un rato me presentaré y van a entender la ironía de mi comentario.

Bueno, a lo que iba; he trabajado todos los días en un horario de 24/7 desde más tiempo del que puedo recordar. Durante estas jornadas he visto de todo: atropellados, suicidios, accidentes, enfermedades, y mis menos favoritos, los niños. Ellos son almas puras que siempre me reciben con la mejor de las sonrisas, pero con los ojos llenos de pena.

Esa es la parte que odio de mi trabajo: los niños. Ellos no merecen las desgracias del mundo.

Siento que ya debería presentarme, ustedes deben estar preguntándose quien soy y que hago: Hola, soy la Muerte. Si, esa misma; aunque no soy exactamente como me representan; es cierto soy un mero esqueleto, pero tengo un ente bastante corpóreo. Lo sé, es difícil de entender; creo que la mejor definición que puedo darles es que soy una mezcla de la Muerte Europea y la mexicana.

Sin embargo, mi trabajo sigue siendo el mismo. Llevo el alma de los recién fallecidos hacia el otro lado, ya sea el descanso y la paz tan deseada, o el sufrimiento y olvido eterno; todo depende de cómo fuiste cuando estabas vivo.

Como he trabajado todos estos años, he tenido todos los posibles días laborales, desde los mejores hasta los peores, incluso días en los que en el hospital no murió nadie (sumamente raros siendo honesto, para mi desgracia como trabajador, para mi favor como ente con emociones y empatía por la vida humana), pero como todo quien que trabaja, he tenido un día que fue el peor día. Un día que fallé... cometí un error.

Hace 4 años, después de siglos (incluso eones) de trabajo, tuve un día que podría considerarse el peor día de mi vida (de nuevo, con toda la ironía que esa palabra representa para mi) desde hacía décadas; específicamente desde 1939 si es que me entienden.

Estaba en mi ronda de la tarde por la sala de urgencias del hospital cuando llegó una

decena de médicos gritando por camillas, porque recibieron el aviso de los paramédicos que iban a llegar en minutos con decenas de niños heridos.

- ¿Qué pasó? Gritaban algunas enfermeras y auxiliares sin entender el caos que se estaba generando.
- Hubo un atentado en un parque infantil -explicó el director de la sala de urgencia, sin dejar de correr de un lado a otro dando órdenes -Prendan la tele, en el TVN están en directo.

Una auxiliar prendió obedientemente la televisión y puso el canal del TVN, de inmediato apareció un reportero con su traje immaculado hablando de la tragedia:

- Hoy, el parque de diversiones ubicado en Quinta normal estaba festejando el Día del niño, con juegos para toda la familia y un espectáculo de magia, cuando un hombre aún no identificado entró en el festival y comenzó a disparar a las personas que se encontraban en el recinto, especialmente a los niños, que inocentemente jugaban celebrando su día"- el reportero siguió hablando de lo sucedido, pero nadie prestaba atención a sus palabras, todos miraban la escena que pasaba detrás de él: los padres llorando junto a sus hijos, paramédicos corriendo de un lado a otro, y los bomberos junto a la policía intentando mantener la calma- Todo tuvo un cambio aún más brusco cuando el terrorista tomó su arma y la apuntó a su cabeza, hecho que no terminó como esperaba, ya que se encuentra en estado crítico mientras es trasladado al hospital. En ese segundo entra un horrible desfile de camillas con niños encima a la urgencia, la mayoría con heridas que se podrían catalogar como superficiales dado el escenario en que ocurrieron: narices rotas, esguinces, entre otros. Lamentablemente, como el acto era terrorismo, igual había niños con heridas de balas.

Y en el final del desfile, la cereza de este pastel destructivo y aterrador, el hombre que causo todo ese desastre.

- ¿Señor, puede oírnos? - le preguntó el médico, con preocupación en su cara tal como su profesión se lo dicta; pero como humano su cara reflejaba toda la repugnancia que le generaba ese hombre- Ayúdenme, a la tres lo movemos a la cama. Uno... dos... tres.
- Doctor, encontramos su billetera- le avisa una enfermera-Su nombre es Joaquín Sandoval.
- Señor Sandoval, vamos a curarlo- le dice el doctor, y mientras se acerca a su oído delicadamente le dice- Le juro por todo lo que ama en el mundo, si es que usted tiene, aunque sea una pizca de decencia humana, que lo voy a sanar y se enfrentará a la justicia.

Nadie pudo haber escuchado la declaración del médico en jefe. Nadie excepto yo.

Me acerqué lentamente al paciente para examinarlo, es mi futuro cliente si el medico no cumple su promesa al final. A pesar de estar tan herido y con la vida en un hilo, sus ojos aún estaban conscientes: él sabía de todo de lo que ocurría a su alrededor, y lo disfrutaba.

Una vez, hace años atrás, escuche por primera vez la frase: "Los ojos son la ventana del alma"; cuánta razón hay en esa simple frase. Los ojos de ese hombre reflejaban un alma tan putrefacta que sentí escalofríos recorrer mi cuerpo etéreo. Quizá imagine la sonrisa, pero siento que ese hombre sonrío al verme.

Me podía ver, eso significaba que no iba sobrevivir esa noche.

Llevaron a Joaquín a la sala de operaciones para una cirugía de emergencia, ya que intentó volar su cabeza. Sin mucho éxito claro está, sino no habría historia... quizá eso haya sido bueno.

La cirugía en total tomó 3 horas, pero que se veía con un futuro prometedor. El hombre salió bien de la sala y lo llevaron a una habitación privada en la cual sería custodiado por un guardia y un agente policial las 24 horas del día. Acompañé al victimario (¿o prefieren asesino, cobarde, alma bruta?) hasta la habitación para asegurarme de que todo estuviera en orden... como un médico en jefe adyacente y sobrenatural; aunque debo admitir que una parte de mí se decepciono al ver que no iba a ocupar mi justicia divina sobre él.

Una vez que Joaquín estuvo instalado, me acerque lentamente hasta su cama y le tome la mano. Aún tenía pulso y se sentía la vida correr por sus venas, expulsándome de ahí. Lo dejé estar y me fui a mi ronda diaria por la sala de oncología. Es un área muy deprimente, llena de personas con escasas ganas de vivir, pero que comparten los momentos más bellos. Mis favoritos de ese momento eran los Rodríguez, ellos eran una familia que siempre iban a visitar a su abuelo Sebastián y cuando lo hacían la enfermara los retaba porque, en sus palabras "Van a causarle a su abuelo un paro respiratorio de tanto reírse", pero en el fondo todos sabían que era una broma para hacerlo reír más.

Ese viejo cascarrabias, cada vez que me veía (ya que, según él, él tenía un tercer ojo psíquico) me decía: "Hoy no, hermosa, hoy no.... vuelve más tarde". Como me hace reír ese hombre...

Dios mío, olvide explicarse algo de suma importancia. Sí, es cierto soy una criatura etérea como un alma, delicada como la Catrina, pero también tosca como me describen los europeos. Sin embargo, cuando me presento ante un recién llegado (¿suena mejor que decir un muerto, no creen?) me reflejo como una figura familiar y cercana, ya saben,

para no causar tanto espanto (no es que sea fea), sino para que se sienten a gusto antes de ser llevados al otro lado correspondiente. Ha habido casos de todos modos, en las que me presento en persona, sin cambios ni reflejos... en esos momentos me introduzco ante personas que nunca conocieron el amor, ya sea porque no lo experimentaron o porque no fueron capaces de sentirlo. Al final, cualquier caso es triste.

En el caso de Sebastián yo me presentaba como su esposa, Sofía, ya fallecida hace años. Cuando la conocí, en nuestra caminata hasta el cielo, ella me contó la historia con su marido: Se habían conocido en la playa en los años 50 y después de la horrible y desastrosa primera cita (Sofía se rompió la pierna al tropezarse mientras bajaba la escalera, y Sebastián debió llevarla en brazos a la sala de urgencias del hospital de Viña), ella pensó que jamás lo volvería a ver, pero al día siguiente el apareció en su cuarto con una docena de rosas para disculparse. Siempre me impresionan esas historias de amor, no parecen de la vida real, pero las almas no me pueden mentir, así que sé que son verdaderas y hermosas.

Después del oncológico (y tras llevar 3 almas al otro lado) volví a la Urgencia para ver como seguían los niños y si había algún cliente para mí. Habían llegado más niños del parque... algunos acompañando a sus padres.

Empecé a caminar hacia el fondo de la sala de urgencia, a la cama que estaba al lado del pasillo que llevaba al ala neonatal. Alrededor de la camilla estaba un padre con su hijo, estaban sosteniendo la mano de una mujer, la madre supuse. Me acerqué lentamente hacia ellos, mis sentidos me atraían hacia la mujer. Lamentablemente.

Ella era una dama; no debía tener más de 30 años, tenía un largo cabello rubio y ojos color castaño, los cuales sobresalían ante su tez que cada vez se volvía más pálida. Sus ojos estaban fijos en los del hombre, y sus labios le sonreían con ternura, como si estuviese despidiéndose. Me senté al lado suyo en la orilla de la cama y le tomé la mano libre, no me expulsó, sino que ella apretó mi mano con la suya.

La vida me aceptó. Mientras sostenía su mano, esperé a que su alma apareciera a mi lado; sin embargo, me permití contemplar cómo se despedía. Ella entrelazó sus dedos con los del hombre sonriéndole tiernamente con dolor en sus ojos.

- Recuerda que te amo- le dijo en un susurro apenas audible- Siempre lo hice, desde la primera vez hasta ahora.

El hombre ya no controla su llanto, lo deja fluir, en esos momentos la hombría ya no importa. Él le toma la mano con las suyas y la besa delicadamente.

- Fuiste mi primera, mi segunda, y mi tercera, y te prometo que jamás habrá una cuarta- le responde el, ella se ríe ante su respuesta, pero hay amor en su sonrisa; debía ser una broma interna de ellos, algo solo para sus corazones.

La mujer mira a su hijo que está llorando en silencio y con miedo en sus ojos, y con sus últimas fuerzas le acaricia su cara.

- Conocerte fue el día más feliz de mi vida- le dice en un susurro- Cada día después solo lo hicieron mejor... te amo... a los dos.

En ese momento su alma apareció ante mí, triste. Las almas son como pequeñas lucecitas luminosas, blancas y puras cuando son niños e infantes, pero que se van volviendo opacas a medida que crecen... a medida que se dan cuenta de la diferencia entre el bien y el mal, y deciden elegir lo último.

El alma de ella era luminosa, pero con ciertas áreas negras. La abracé suavemente y la regresé al estado inicial y corpóreo, para que pudiéramos hablar un rato mientras la llevaba a su destino.

Volví a la sala de urgencia para asegurarme de que no hubiera ninguna alma perdida esperándome, pero lo único que encontré fue al hijo de la dama. Como soy un ente no humano, y que claramente no se rige por las reglas de este mundo, el tiempo no corre de la misma manera que a ustedes; en realidad, el tiempo para mí no existe, pero para no confundirlos diré que un par de horas en mi perspectiva, es un minuto para cualquier humano. Por lo tanto, cuando llegue al lado de él, recién habían pasado un par de minutos desde que su madre falleció.

Las lágrimas seguían rodando por su cara mientras sostenía la mano de su madre, ahora fría e inerte. Sin embargo, en un momento el dejó de llorar, entendiendo que su mamá no volvería, se paró de su silla y se fue corriendo a través del caos que aún era la Urgencia; seguí al niño de cerca, rompiendo mis reglas de seguir a los vivos.

Él llegó hasta la sala neonatal, donde las nuevas vidas eran recibidas entre luces de fantasía y mantas de algodón. El niño se sentó en suelo, al frente de la ventana que exhibía a los recién nacidos; las lágrimas seguían rodando, pero su rostro ya no tenía expresión, era como si su ser hubiera envejecido 10 años en cuestión de segundos. Yo lo miré con atención, y siendo honesto, con pena. Así que rompí mi regla número uno: presentarme.

Tomé una forma corpórea básica femenina, una común, pero con rostro amable para no asustarlo, como el de una tía. El cambio duele, pero valió la pena.

- No pienso preguntarte cómo estás, sé cuál es la respuesta- le digo al sentarme a su lado
- Entonces qué piensas decirme, ¿que lindo está el día? - me responde con sarcasmo.
- Si quieres, pero en mi experiencia lo que en verdad se necesita es un abrazo.

Sin pensarlo dos veces él se abalanza hacia mí y me abraza con todas sus fuerzas aun llorando; yo lo dejo llorar tranquilo y le acaricié suavemente el pelo, y de a poco él se va tranquilizando hasta que se queda dormido. Yo vuelvo a mi estado natural y lo dejo dormir tranquilo; me doy permiso para mirarlo dormir, esa paz que lo rodea al dormir lo envidio, en mi trabajo jamás tengo un momento para descansar o sentir la mínima paz.

Pero como siempre, yo nunca descanso. Lo que no sabía es que ahora empezaba mi peor pesadilla... Joaquín había fallecido.

Inmediatamente aparecí en el cuarto de Joaquín para llevármelo, en ese momento estaba enfurecido y sabía que me iba a desquitar con el culpable de la tragedia. Para cuando llegué, su alma ya estaba esperándome, y puedo decir con absoluta confianza que esa tenía la luz más apagada que había visto en años. Me acerqué lentamente hacia él, era extraño que un alma salga de su cuerpo por su cuenta; y el solo estaba ahí... mirándome. Lo toqué para cambiarlo a su forma original, necesitaba preguntarle el por qué.

Al tocarlo, él se transforma a su cuerpo original, y mientras lo hace una sonrisa psicótica se plasma en su rostro.

- Esto será divertido- me dice antes de volver a ser una luz y desaparecer.

Me quedé paralizado, nadie jamás había logrado hacer eso; todos aceptaban su muerte, su final, el hecho que ya era su momento de irse al otro lado; pero Joaquín... el simplemente no lo deseaba.

Corrí tras de él, por donde mis sentidos me guiaban, podía sentir como se movía de un lado a otro en la velocidad de un suspiro. ¿Como iba a encontrarlo si no estaba más de un segundo en un lugar?

Lo bueno (si es que lo había) es no se iba de los perímetros del hospital, incluso Joaquín entendía que estaba seguro dentro del establecimiento.

Y en ese segundo, lo sentí; ya lo tenía. Estaba en el pasillo secundario del segundo piso. Llegué más rápido de lo jamás pensé que lograría; él había vuelto a su expresión humana y estaba sentado en el suelo apoyado en la pared.

- Yo ya pensaba que te estabas olvidando de mi- me dice.
- Jamás me olvido de un alma- le respondo- Yo siempre cumplo mi trabajo.
- Que comience el juego entonces- dice antes de desaparecer nuevamente. ¿Como lo lograba?

Volví a correr tras de él, pues sabía por dónde iba (el beneficio de mi omnipotencia, se dónde está cada alma de mi territorio). El traspasó las puertas en un grito, y yo le seguí sin pensarlo; ni si quiera me fije que entré en la morgue.

La sala estaba fría y metálica, todo era de un tono grisáceo y estaba lleno de artículos médicos como jeringas y bisturíes. La mitad de las camillas estaban cubiertas con unas mantas blancas y abultadas, las cuales abajo escondían recipientes vacíos. Me acerqué lentamente al centro de la habitación. Joaquín estaba en algún lado, pero su vibración era escasa.

- Te tengo- pensé. Me acerqué a la camilla, y retiré suavemente la sabana.

El cuerpo era de una cliente de ayer; se llamaba Natalia y tenía solo 24 años. Atropello, iba mirando su *iPhone* mientras cruzaba la calle, no vio el taxi que se le acercaba sobre la velocidad límite. Ella falleció en el instante y yo la llevé al otro lado, como todos los días. Nada en especial.

Sabía que Joaquín estaba en algún lado de la camilla, pero no se le veía en ningún lugar. ¿Cómo había desaparecido?

Fue en ese momento que Natalia volvió a abrir los ojos.

Me alejé asustado del cuerpo, yo sabía que no era Natalia, y eso incrementaba mi temor... Joaquín había logrado la peor pesadilla de la muerte. Poseer un cuerpo.

Todos nacen con un cuerpo para uno, está moldeado y diseñado estrictamente para ti, nadie más; si es cierto, muchas veces ese recipiente no es como uno lo desea, y muchas veces no ayudan a que sea como esperan, pero es tuyo. De nadie más.

Ahora Joaquín, como otros también antes de él, decidieron ocupar un cuerpo que no es suyo.

Joaquín/Natalia se sienta y estira los brazos, mientras da un largo bostezo; como un niño despertando de una siesta.

- Esa fue una siesta matadora- dice en un chiste, riéndose como si fuera lo más chistoso del mundo- Pero que público más difícil... vamos, dame una sonrisita al menos.

- Ese cuerpo no te pertenece...- le respondí en un susurro, completamente enojado- Sal de ella ahora.
- ¡Pero que fome eres!"- me critica con la cara divertida, como si todo fuera una broma. Él/ella se levanta de la camilla lentamente, y se vuelve a estirar acomodando su cuerpo, pero se puede ver claramente que al alma de Joaquín no se acomoda a ese recipiente... se vuelve para mirarme y me pregunta- ¿Por qué siento el cuerpo como si estuviera enfermo?
- Te está expulsando... no es tuyo, y el cuerpo lo sabe.
- Entonces debo intentarlo de nuevo

El cuerpo de Natalia cae al piso como un saco de lona, quedándose ahí inmóvil; en el otro lado de la habitación se sienta el cuerpo de un caballero en sus 60 años- Roberto, fallecido en un asalto- y se para rápidamente de la camilla.

- ¡Tampoco me sirve! - grita Joaquín en un enojo, y desploma a Roberto en el piso como a Natalia, y lo vuelve a intentar en el siguiente, y en el siguiente, y en siguiente; hasta que llega al cuerpo que estaba a mi lado, un señor fallecido hace dos días por un ACV (Ignacio, 45 años)- ¿POR QUÉ NINGUNO ME SIRVE?
- Estos cuerpos ya llevan mucho tiempo sin un alma, saben que están muertos. - le respondo serio, él ya me estaba exasperando.
- Esto es tu culpa...- me dice al pararse, aun ocupando su cuerpo ilegal; se tambalea y se tiene que apoyar en la mesa- TU tienes la culpa... esto, todo esto es parte de tu plan...- intenta acercarse a mí, pero falla. El recipiente estaba expulsándolo- ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Quién te invitó a ti? ¿QUIÉN TE INVITÓ A TI?... Nadie, nadie, NADIE... yo no lo hice... acaso, acaso puedes ir a cualquier lado, ¿es eso?

Joaquín/Ignacio se empieza a reír de manera desquiciada, causando que se cayera al piso, donde siguió riendo a carcajadas.

- Sabes, sabes... yo no nací así. Yo quería ser un veterinario, pero mis padres... JA- él estaba llorando ahora, pero sus ojos seguían mostrando una locura desquiciada- ¿Por qué? ¿Qué les pude hacer a ellos? ¿Por qué eres tu como ellos? - el enojo del principio estaba volviendo- ¡¿Por qué estás tú acá?! NADIE TE INVITÓ

Yo me estaba acercando lentamente hacia él, como la muerte (un ente poderoso, no es que quiera sonar egocéntrico) tengo poder sobre las almas, pero no me gusta ocuparlo demasiado. Con el puedo llegar a destruir un alma. Rápidamente agarré el brazo de Joaquín/Ignacio y empecé a expulsar su alma del cuerpo; él se empezó a retorcerse del

dolor. Su cara se fue contorsionando, su alma se iba desprendiendo de él, dejando a lado un recipiente vacío y frío otra vez.

Lo logré. Saqué a Joaquín de un cuerpo que no era el suyo, y ahora su oscura alma estaba lista para llevársela.

- Esto no es el final- dijo antes de explotar.

Sin embargo, Joaquín no explotó, no sé cómo lo hizo, pero el fingió.

Nunca, jamás, en todos los milenios que he vivido alguien había podido lograr eso. Engañarme.

Miré la plateada habitación de la morgue, con una decena de recipientes vacíos en el piso como si se hubiesen desmayado. *“Cuando el medico entre acá y los vea, también se va a desmayar”*, me dije con tristeza. Estaba agotado, ya casi no me quedaban energías y sabía que no podría descansar en un buen rato más.

Me senté el piso de la morgue y coloqué mi cabeza sobre mis huesudas manos, e intente concentrarme en la energía que irradiaba el alma de Joaquín. El seguía esparcido, no se había unido todavía. Lo sentía afuera de la habitación, en el comedor, en las salas de cirugía, incluso al lado de su recipiente original. Pareciera que estaba esperando algo, pero ¿qué?

Concentré mi energía en cada pedazo de Joaquín que estaba esparcido, y le empecé a hablar; debía distraerlo de lo que sea que estaba esperando.

- Joaquín, escúchame- le dije con pena, estaba tan cansada- No puedes hacer esto. No debes. Por favor, vuelve acá y te llevaré al otro lado; este terreno no es tuyo.

Seguí repitiendo mi mensaje, una y otra vez, esperando que tuviera el poder suficiente para atraer a Joaquín a mi lado para terminar esta pesadilla de una vez.

Me volví a concentrar en su presencia. Algunos pedazos seguían quietos, pero otros se estaban reuniendo... ¿Qué intentaba hacer? Seguí repitiéndole mi mensaje, aunque una parte de mí (el sentido común probablemente) me decía que debía parar, que era inútil. Sin embargo, yo sabía que no lo iba a hacer.

Me paré con dificultad, estaba tan agotada y aún me quedaba todo un día de trabajo. Pensé en Joaquín y lo tenía en la mira; estaba en afuera de la sala de urgencias, literalmente parado afuera de las puertas.

Afuera de los niños.

Corrí más rápido de lo que jamás había corrido en mi vida, la desesperación es lo único que sentía; tenía que ganarle a Joaquín. Algo que nunca puedo perdonar es poseer un niño; son almas puras, nadie lo merece y menos ellos.

- ¡Joaquín! - grite mientras el entraba a la sala de urgencias, donde seguían todos los niños heridos (les recuerdo que el tiempo pasa distinto para nosotros; para ustedes ni siquiera había pasado una hora)- No lo hagas, te lo suplico, no lo hagas.

Pero el igual entró. Lo seguí y me di vueltas buscándolo. Sabía que estaba ahí, pero la tragedia y los gritos tapan su alma, protegiéndolo de mí. Volví a concentrarme, sin embargo, no en Joaquín, sino en la siguiente alma que iba a recibir; mi instinto decía que Joaquín iba a ir hacia él, y que horror, tenía razón.

Me acerqué al niño, una pobre alma de solo 7 años. Tenía un disparo en el abdomen y aún no lo habían llevado a cirugía porque todos los quirófanos estaban ocupados con víctimas iguales o peores que él. Me senté a su lado y tomé su mano, el niño me la apretó y me miró a los ojos, saludándome.

- Eres igual a mi mamá, pero ella está al lado mío... ¿Como lo haces? - me preguntó.
- Mi amor, no hables- le dijo la mamá en un susurro ahogado por las lágrimas, mientras le acariciaba suavemente la cabeza- Ya va a venir el doctor, no te preocupes, te vas a poner bien y yo te voy a llevar a comer ese helado gigante que tanto querías, ¿ya?

Me quedé mirando la escena, las lágrimas (si es que tengo) estaban corriendo por mi cara.

Sentí un escalofrío por mi cuerpo, solté la mano del niño y me miré hacia abajo de la cama, y ahí estaba la luz apagada que tanto estaba buscando. Tomé esa alma podrida y la apreté con todas mis fuerzas, y me paré rápidamente para llevar a Joaquín al otro lado. Sin embargo... como si el universo quisiera reírse de mí... El niño falleció en ese instante y su alma salió para esperarme, tan pequeña y blanca ahí parada al lado suyo.

Joaquín se salió de su encierro, ocupando mi distracción momentánea, y como un pobre desesperado por agua se metió al reciente cuerpo desocupado, dándole "vida" de nuevo. La madre del pobre niño cambio sus lágrimas de tristeza por felicidad, mientras abrazaba y besaba a su hijo, dándole gracias al cielo por esta oportunidad... pero no sabía que el ya no era su hijo.

Una parte de mi esperaba que el alma de Joaquín saliera como antes, pero él fue inteligente y se metió a un recipiente aún fresco... que aún no había entendido que estaba muerto, y que ya no lo iba a entender porque su corazón volvió a latir. Joaquín se tocó el abdomen, donde aún estaba la herida sangrando, y me miró con su sonrisa psicótica plasmada en la cara; y siguió con ella cuando lo trasladaban al quirófano para la cirugía, mirándome... sabiendo que el ganó esta partida.

Tomé la mano del alma del niño, ahora llorando al ver su antiguo cuerpo ser ocupado por otro (el responsable de su muerte), y se la apreté suavemente.

- ¿Que te parece si te llevo por ese helado gigante que querías? - le pregunte intentado animarle. El me miro, aún con lágrimas en su carita, y asintió con tristeza.
- ¿Qué está haciendo el con mi cuerpo? - pregunta entre sollozos.
- Algún día voy a volver a vengarte- le respondo firmemente, esto no había terminado aún. Yo iba a volver un día a recolectar el alma de Joaquín.

Me agaché y le limpié las pequeñas lágrimas que corrían por su cara. Su pequeña cara estaba roja, incluso para un alma ya sin recipiente, y no podía parar de llorar (ni el, ni yo).

Así que lo lleve por su helado, antes de llevarlo al otro lado, a la paz que él se merecía.

Fin.